

HEROICA

A.P.Bolívar

Alas Ediciones



El autor quiere expresar su gratitud hacia los lectores como tú, que tienes el libro entre las manos.

Primera edición, febrero de 2019.

No cometas la imprudencia de hacer uso de este texto fuera de la ética que todos tenemos en mente y nos esforzamos por mantener y entregar al mundo. Gracias.

Derechos reservados de la obra, A.P.Bolívar.

Derechos reservados del diseño gráfico, Joe Llorente.

Publicado por Alas Ediciones A.S.L

Santander

España

www.alasediciones.com

ISBN: 978-84-09-08126-4

Depósito legal: SA-3-2019

Impreso en los talleres de Estugraf Impresores SL.

Diseño de la colección, Joe Llorente.

Este libro es fruto de un cultivo de idealismo que nos caracteriza. No sabemos si es sostenible, pero sí es otra manera de cambiar el devenir de las cosas.

Te recomendamos, antes de emprender la lectura, visionar el video introductorio de *Heroica*, accediendo al siguiente enlace

http://www.alasediciones.com/video_hrc

*A Gabriel Esmero
que sabe de lo que habla*

*Aborrezco este oficio algunas veces:
espía de palabras, busco,
busco
el término huidizo,
la expresión inestable
que signifique, exactamente, lo que eres.*

(Ángel González, Las palabras inútiles)

El lenguaje es poesía fosilizada.

(Emerson)

*El estudio de lo bello es un duelo en que el
artista grita de espanto antes de ser
vencido.*

(Baudelaire)

Primera parte

El camino descendía por una suave pendiente. Samuel miró hacia atrás y observó la calle apenas iluminada, el conjunto de jardines y de viviendas arracimadas y el muro de piedras blancas y rugosas que delimitaba el bosque de esbeltos pinos contra el que la ciudad encallaba. Cuántas veces Karen y él habían bajado por este camino e imaginado que se perdían para siempre entre el monte adhesado y las galerías y minas subterráneas que conducían, siglos atrás, el agua hasta las puertas de la villa. Karen decía: «Al principio preguntarán por nosotros, pero después nos dejarán en paz». Y entonces fantaseaba con una vida de robinsones urbanos, refugiados en una cabaña, entre los zarzales de la Fuente la Tomasa y los almendros. Una casa sobre los árboles, construida con tablones de madera, toscos, sin pulir, unidos y atados con ásperas sogas de esparto. Un hogar oculto a la curiosidad de los paseantes por los pinos, los cipreses y los cedros del bosquecillo. «Viviremos como náufragos en una isla», decía ella ilusionada. «Nos despertaremos cada mañana con el canto del verdicillo o del carbonero, y nos alimentaremos de piñones, bayas y plantas silvestres. Nos bastaremos a nosotros mismos y seremos felices, o al menos lo intentaremos, una vez que los otros nos hayan olvidado». Pero te equivocaste, Karen. No se olvidaron de ti ni dejaron de preguntarse por qué desapareciste.

Tomó un angosto sendero de tierra y grava que discurría paralelo al paseo del Canalillo. Ascendía hasta una zona vallada, entre zarzas y espinos, y después giraba a la derecha, llaneaba un buen trecho y desembocaba a los pies de un altozano, sobre una pequeña plataforma circular, desde la que partían unos escalones de tierra apisonada que conducían al Cerro de los Locos. Antes de subir se detuvo y contempló las siluetas fantasmagóricas de los edificios de la Ciudad Universitaria y del Faro de Moncloa. Un día Karen le contó que el parque le recordaba a una isla. «Si te fijas bien –dijo mostrándole un pequeño plano–, el contorno que lo delimita es muy parecido al de Mallorca. Podríamos decir que es una isla dentro de la ciudad». «Incluso –le señaló con el brazo extendido– tenemos un faro». Le habló entonces de la isla como refugio cerrado sobre sí mismo, como una ciudadela en medio de un mar de peligros, y le leyó unas palabras de Umberto Eco, copiadas en una pequeña libreta de tapas azules y letras doradas, que extrajo de una mochila de cuero marrón que llevaba a la espalda. Unas palabras que a Samuel le parecieron, cuando menos, extrañas o enigmáticas y que le recordaron una famosa serie de televisión. «La isla –leyó Karen– se percibe como un no-lugar, un sitio inalcanzable, adonde se llega por azar y al que, tras abandonarlo, nunca se podrá regresar». Sin cerrar la libreta, levantó la vista de la página separada con una cinta negra, miró a Samuel a los ojos y le dijo en voz baja, como si temiera estar divulgando un secreto: «Si la encuentras y la abandonas, jamás jamás podrás regresar, ¿comprendes?».

¿Qué quiso decir con esas palabras?, se preguntó. ¿O qué importancia tenían las islas o un faro en medio de la ciudad para ella? Samuel no supo qué responder. Karen era un ser extraño y en cierto modo una criatura inabarcable e incomprensible. Cuando pensaba en ella, le venía a la cabeza la imagen de un gigantesco océano protoplasmático como el del planeta Solaris, el descrito por Stanislaw Lem en su célebre novela. Su aspecto se asemejaba a una de esas visitas o apariciones que se les presentaban a los exploradores, al despertar, en las habitaciones de la estación espacial de observación, siempre con el nuevo día o entre la salida de una u otra luna. Supuestamente humanas y, sin embargo, producto de los deseos, miedos u obsesiones de los exploradores, las apariciones presagiaban a menudo un cataclismo o un desastre, no inminente, pero sí postergado o aparentemente suspendido, y no por ello menos cierto o inexorable. Y fue, no obstante, esa inquietante forma suya, esa cualidad líquida e inaprehensible, como de arena finísima e imposible de retener entre los dedos, lo que le atrajo desde el principio. Samuel conoció a Karen una noche de primavera, a finales de marzo, seis meses atrás. Se encontraba sola y aterida, a pesar de que la noche era suave y de que las aceras y los bulevares estaban aún concurridos por los vecinos del barrio que paseaban a sus mascotas y por los comerciantes y los dependientes que echaban los cierres y bajaban las persianas metálicas de sus tiendas o locales y regresaban charlando parsimoniosamente a sus hogares. Ella se hallaba a resguardo dentro de un coche, abrigada con una chaqueta de pana de color verde grisáceo y con un gorro

negro calado hasta las cejas. Llevaba las manos embutidas en unos mitones de color rojo y parecía provenir de otro mundo, un mundo frío y devastado: un escenario apocalíptico, una distopía o un oasis de horror en medio de un desierto de aburrimiento. Cuando Samuel la vio, al cruzar en diagonal el aparcamiento, tenía los brazos entrelazados y extendidos hacia el salpicadero en ademán de desentumecerlos o de sacudirse la somnolencia. Al pasar junto al coche, ella había ladeado la cabeza y bajado un palmo la ventanilla del copiloto y le había dicho: «Perdona, ¿tienes un cigarrillo?».

Samuel se dio media vuelta y subió los escalones. Desde los últimos peldaños, al fondo, se divisaba el sanatorio, sobre la falda de una colina, en medio de un bosquecillo de chaparros y alcornoques. Era una gran construcción exenta y alargada de sillares de piedra gris y paredes de ladrillo rojo, con cuatro pisos de gran altura y dos torres cuadrangulares en los laterales, terminadas en pináculos y rematadas con lajas de pizarra negra. En el centro del rectángulo se distinguía el cuerpo de unas escaleras por las que se accedía al recinto. Parece una fortificación en medio del bosque, se dijo Samuel. Y en cierto modo así fue hasta 1947, cuando se descubrió la estreptomicina. Un escritor siciliano, al que había leído recientemente, comparaba el sanatorio de tuberculosos en donde estuvo recluido con un campo de exterminio en el cual, como mucho, solo uno de cada tres pacientes sobrevivía. El sanatorio actual no era un sanatorio de tuberculosos. O no

solo era un sanatorio de tuberculosos. Ahora las habitaciones con el suelo de linóleo de color amarillo claro, las camas blancas de metal pulido y los grandes ventanales con vistas al parque estaban ocupadas por enfermos de todo tipo. Pero las estadísticas, por suerte, eran mucho más esperanzadoras. O eso pensó él cuando ingresaron a Karen, de urgencias, por una sobredosis.

Subió el último escalón, avanzó unos pasos por el camino de tierra y alcanzó en pocos segundos la plataforma del Cerro de los Locos. Echó un vistazo alrededor y, viendo que no había nadie por allí, nada más que unas sombras a lo lejos, desdibujadas y ocultas, entre la masa de pinos, arbustos y lomas agostadas, vació las cenizas de la urna en el almendro. Cuando terminó se quedó unos segundos observando el árbol. Era el mismo bajo el cual Karen solía sentarse a descansar después de su paseo vespertino. Llevaba a cabo aquella actividad rutinaria como si de una ceremonia sagrada se tratara. Los paseos estaban cortados siempre por el mismo patrón: sobre las ocho o las ocho y media de la tarde partía de casa, se dirigía a los colegios mayores y los edificios de la universidad situados al final de la calle de los Pirineos, bajaba por la senda empedrada que corría paralela a la residencia de estudiantes Antonio Gistau hasta el inicio del paseo del Canalillo y se dirigía desde allí, por la pista de tierra construida sobre la antigua acequia, hacia la primitiva carretera que atravesaba la Dehesa. Cuando a medio camino, detrás de un recodo, vislumbraba el cerro, Karen se apartaba del paseo principal y tomaba

un estrecho atajo que la conducía por una suave pendiente hasta la cima del montículo. Una vez alcanzada la cima, oteaba el horizonte unos segundos e inhalaba el intenso y aromático olor de los grandes cedros diseminados a lo largo del camino. Tras ello, se acercaba a su árbol favorito, se agachaba con cuidado, se sentaba y apoyaba la estrecha y frágil espalda contra el tronco negro y retorcido. Dejaba las piernas colgar, inertes, sobre el muro de cemento y contemplaba, bajo las ramas protectoras, el atardecer anaranjado y violeta sobre la sierra de Guadarrama. «Me gusta estar aquí», le dijo a Samuel en una de aquellas últimas tardes en las que ambos compartieron el paseo. «Y, sobre todo, me gusta comprobar que el sol se oculta por igual, cada día y para todos, independientemente de quién seas o de cuál sea tu pasado», dijo Karen.

El Cerro de los Locos o Cerro de las Balas es un espacio elevado, llano y, en cierto modo, insólito. Se encuentra en uno de los extremos del parque de la Dehesa, en una curva, y lo domina un transformador eléctrico en cuyas paredes de ladrillo rojo los jubilosos, al mediodía o por las tardes, juegan al frontón. Está sitiado por una fuente de piedra, unos bancos de madera y unos muros de mampostería ordinaria entre chumberas, palmeras y eucaliptos. El sendero desde el sanatorio desciende por una ligera vaguada entre los altos pinos. Al final del camino, el transformador eléctrico se alza en el horizonte como un macizo torreón medieval coronado por antenas de telecomunicación y erizado de largas y puntiagudas estructuras metálicas.

En una de las paredes laterales, sobre una placa de chapa azul, puede leerse: CERRO DE LAS BALAS Y LOCOS. OLIMPO MADRILEÑO 1931. ESCUELA DE CAMPEONES. CIRCO, PELOTARIS, BOXEO, LUCHADORES, CICLISTAS, FÚTBOL Y ECOLOGISTAS». Uno de los jubilados que juega al mediodía al frontón, Federico del Valle, Fede para los amigos, le cuenta a Samuel que el cerro fue un punto de encuentro, en otros tiempos, de naturistas, culturistas, aprendices de torero, jardineros aficionados y jugadores de chito. Y que, aún hoy, su terraza y sus bancos de madera son utilizados como solárium. «Se dice –incluso– que Young Martín llegó a entrenarse por aquí». Federico recuerda con todo detalle la noche en que Young Martín, el famoso boxeador apodado el Zurdo, disputó el título de campeón mundial de los pesos mosca en Buenos Aires. Combatió contra Pascualito Pérez, y retrasmitieson la pelea por radio desde la Bombonera. Era el año cincuenta y siete, él tenía doce años y quería ser también boxeador. Escuchó el combate en el bar Chumbica, en la glorieta de Cuatro Caminos. «Allí fue donde se jodió todo», le dijo a Samuel. El Zurdo perdió por nocaut en el tercer asalto y después de aquella derrota se retiró. «Y ese mismo año –añadió Federico mientras se secaba el sudor de la frente con una toalla ajada de color azul desvaído– el bar Chumbica cerró para siempre». En su lugar se construyeron unos edificios de oficinas. «Monstruosos», dijo. «Tendrías que haber visto qué pegada tenía el Zurdo». Durante unos segundos Samuel, allí de pie en el cerro solitario, recordó el rostro de Federico mientras hablaba. Era un rostro surcado por profundas hendiduras. Un ros-

tro cansado, derrotado, como si hubiera sido golpeado o noqueado por la vida en numerosas ocasiones y aun así, persistiera en el fracaso. Y, sin embargo, Fede había triunfado en la vida como el doctor Federico del Valle, primero como director del Departamento de Psiquiatría de una importante universidad madrileña, y luego como conferenciante de éxito en diversos foros internacionales y como invitado de honor a congresos y ponencias en distintos países. Disponía de un confortable y espacioso chalé en la calle de los Pirineos, una zona agradable y acomodada de clase media alta con edificaciones de uno o dos pisos y verdes jardines de césped alrededor, y poseía además una segunda residencia en la sierra de Guadarrama, en Los Ángeles de San Rafael, en donde pasaba los domingos con su mujer (a la que quería), sus cuatro hijas (a las que idolatraba), sus cuatro yernos (a los que comprendía y soportaba) y sus nueve nietos (a los que malcriaba con perseverancia y pasión). Pero todo esto parecía no interesarle o desaparecer por unos minutos cuando hablaba del Zurdo y de sus compañeros de gimnasio y de la novia aquella a la que besó por primera vez aquí, frente al transformador («en este mismo banco», le dijo a Samuel aquél día), y que luego lo dejó por uno que decía ser cantante o guitarrista de un grupo de rocanrol. Samuel oyó entonces el chasquido de una rama al partirse y se le desdibujó el rostro de Federico como si fuera humo y el viento se lo hubiera llevado junto con la hojarasca caída de los árboles y lo hubiera esparcido entre las ramas desnudas del oscuro bosque. Se dio media vuelta y antes de emprender el regreso observó el paisaje en sombras que se extendía a sus pies. Las

lomas, las pequeñas colinas y las angostas vaguadas que se abrían frente a la plataforma como profundos abismos siderales o como fosos ciegos de una singular atalaya. Giró la cabeza y vio a lo lejos las luces rojas y blancas de los coches que circulaban por la autovía de La Coruña y trató, una vez más, de desentrañar el misterio de la vida. Mientras observaba la hilera de coches sintió un ligero escalofrío en la espalda, como si una gélida mano se hubiera posado sobre su hombro y una voz sibilante le dijera que debía regresar a casa, que no debía permanecer por más tiempo allí o, simplemente, que todo había terminado.

Al abrir la puerta del apartamento, Samuel notó un olor rancio, como a algo podrido o caducado. Soltó la urna vacía en el mueblecito de la entrada, dejó las llaves en el cestillo de mimbre, sobre el cubrerradiador, y se dirigió a la cocina y se cercioró de que no se había dejado el cubo de la basura abierto. Después abrió la puerta de la nevera y comprobó si el olor provenía de ahí. Tampoco. Así que volvió sobre sus pasos y entró en el salón, en donde el olor aún era más fuerte. Después de una inspección minuciosa, en un rincón, detrás del sillón, descubrió un pájaro. Estaba muerto. Se preguntó cómo habría entrado en el apartamento. Se acercó a la ventana que daba a la avenida y vio que estaba cerrada. Comprobó también las otras ventanas, las del mirador, e igualmente constató que estaban cerradas. Regresó a la cocina, abrió el armario, cogió una escoba y un recogedor de plástico, se fue adonde yacía el pájaro y antes de barrerlo observó que tenía el

cuello torcido, formando un ángulo inverosímil, como si hubiera sido retorcido a propósito o como si hubiese entrado a gran velocidad en el cuarto y se hubiera dado un fuerte golpe contra la pared. Levantó la vista y miró hacia el tabique blanco del salón. No vio ninguna señal que le indicara un golpe o un roce de aleteos o de arañazos contra la pared. ¿Cuánto tiempo llevaría allí?, se preguntó. Al menos dos o tres días. Y se dijo: ¿cómo no lo habré visto antes o notado el olor? Retiró el pájaro con ayuda de la escoba y lo puso sobre el recogedor y lo trasladó hasta la cocina. Lo echó al cubo de la basura y cerró la bolsa. Tenía apetito, pero no le apetecía quedarse en el apartamento, así que abrió las ventanas para que se fuera el mal olor (la casa se quedaría fría, pensó, pero se dijo que eso sería mejor que el tufo a putrefacción), cogió la bolsa de basura, las llaves y bajó en el ascensor. Dejó la basura en el contenedor de color naranja, en la esquina de su avenida, cruzó la calle y entró en la cervecería Dom. Samuel saludó a Klaus, que se encontraba solo detrás del mostrador, y le pidió una Coca-Cola Zero y un mollete de ventresca con pimientos rojos. Por la tele daban las noticias del tiempo. El veranillo de San Miguel traería en los próximos días, como cada año, un ascenso generalizado de las temperaturas con valores superiores a las de las anteriores jornadas. El locutor añadió en tono jocoso: «Por el veranillo de San Miguel están los frutos como la miel». Samuel, sentado a una mesa del fondo y con la mirada ensimismada en el mollete de ventresca a medio comer, creyó oír «como la hiel».